

PERFECCIONANDO A LOS SANTOS

*“...para la obra del ministerio,
para la edificación del cuerpo de Cristo”*

Efesios 4:12



4/9

por David L. Dawson

todos los derechos reservados

Copyright © ETS Ministries

**DAVID L. DAWSON OTORGA PERMISO PARA REPRODUCIR
ESTOS MATERIALES PARA TU MINISTERIO PERSONAL.**

NO SE DEBE VENDER.

NO SE DEBE EXHIBIR EN OTRA PÁGINA WEB.

Plsal.org

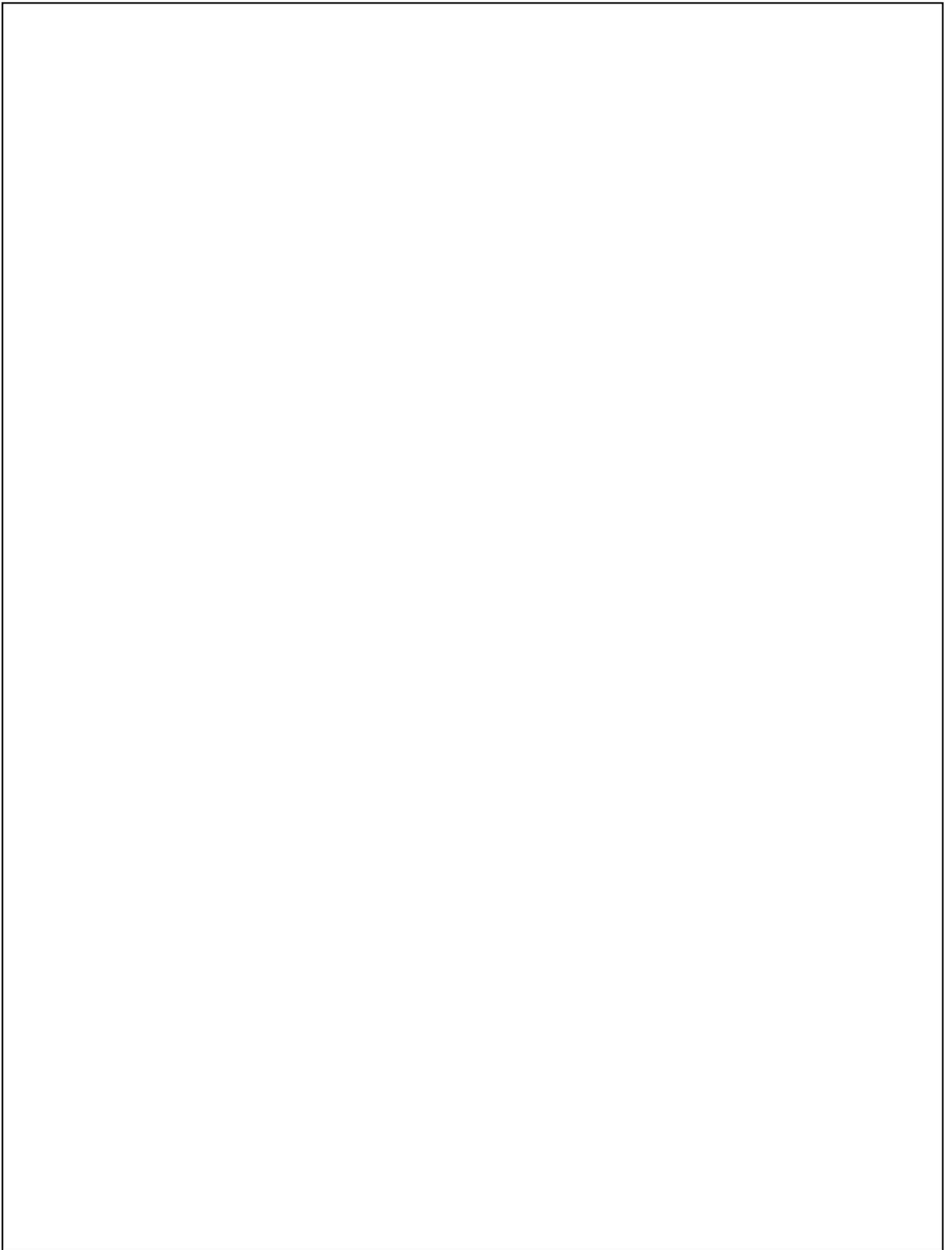
director@plsal.org



Guía de Aplicación: Discípulo

Nombre del Alumno _____ Grupo _____ Fecha _____
 Tema Panorama de la Biblia
 Selección Sumario: Génesis a Apocalipsis

Retrato Del Discípulo	Completado	
	Sí	No
Apuntes Del Tema		
Repasar Sumario: Génesis a Apocalipsis		
Estudio Bíblico		
1 Juan 5		
Auxiliar Para La Organización Personal y Espiritual		
Hacer 5 APOPES		
Lectura Adicional		
Plan de Lectura Bíblica		
Leer En Pos de la Santidad (capítulo 9)		
Ministerio: Evangelismo / Seguimiento / Discipulado		
Orar por una persona para ganar para Cristo		
Orar por tu discípulo		
Completar el Plan de Discipulado y reunirte con tu discípulo		
Compartir El Puente con un incrédulo		
Llenar un Reporte de Evangelismo		
Memorización De Las Escrituras		
Cita del nuevo versículo memorizado:		
Cita del nuevo versículo memorizado:		
Repasar todos los versículos memorizados		





PERFECCIONANDO A LOS SANTOS

SUMARIO: GÉNESIS A APOCALIPSIS

INTRODUCCIÓN

Muchas personas piensan que la Biblia es un libro santo que contiene el mensaje de Dios, figurándose que es una serie de bellas narraciones relacionadas en alguna forma con Él. Sin embargo, la forma en que estas narraciones están relacionadas entre sí no les es muy clara, y muchos de ellos fallan al tratar de entender el mensaje central de la Biblia y la forma en que todas sus partes se relacionan una con otra.

En realidad, la Biblia es la revelación que Dios hace de sí mismo al hombre, la cual cuenta la historia más extraordinaria que el mundo jamás haya escuchado. Es la narración histórica de cómo Dios creó al hombre, cómo éste se rebeló contra Dios, y cómo el Señor en su amor, proveyó al hombre un camino para restaurarlo a la comunión con Él, mediante la persona de Jesucristo.

Las Escrituras constan de 66 libros y están divididas en dos secciones: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Estos libros fueron escritos por unos cuarenta autores, de las más diversas clases sociales y diferentes oficios. Este proceso literario duró un período de alrededor de 1500 años, y todos los libros están maravillosamente integrados en uno solo... la Biblia, la que describe el amor de Dios y la salvación del hombre.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

En nuestra Biblia en español, el Antiguo Testamento consta de 39 libros clasificados en cuatro secciones:



- | | |
|--------------|-----------|
| •La Ley | 5 libros |
| •La Historia | 12 libros |
| •La Poesía | 5 libros |
| •La Profecía | 17 libros |

UNA MIRADA AL ANTIGUO TESTAMENTO (39 LIBROS)

① Ley

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio

② HISTORIA Y GOBIERNO

Josué
Jueces
Rut
1 Samuel
2 Samuel
1 Reyes
2 Reyes
1 Crónicas
2 Crónicas
Esdras
Nehemías
Ester

③ POESÍA

Job
Salmos
Proverbios
Eclesiastés
Cantares

④ PROFECÍA

PROFETAS MAYORES

Isaías
Jeremías
Lamentaciones
Ezequiel
Daniel

PROFETAS MENORES

Oseas
Joel
Amós
Abdías
Jonás
Miqueas
Nahum
Habacuc
Sofonías
Hageo
Zacarías
Malaquías



Si alguien quiere entender la Biblia, primero debe comprender el significado de los primeros tres capítulos del Génesis ya que en ellos se encuentra colocado el escenario para poder entender el resto de la Biblia, desde Génesis 4 a Apocalipsis 22.

LA CREACIÓN

La Biblia comienza con el relato de la creación del universo, y de cómo Dios creó la luz, el firmamento, la tierra, el mar, el sol, la luna y los seres vivos.

LOS SIETE DÍAS DE LA CREACIÓN

La creación de la luz, la separación de la luz de las tinieblas; Llamó a la luz día, y a las tinieblas llamó noche (Génesis 1:2-5)

La separación de las aguas en la tierra de las aguas atmosféricas (Génesis 1:6-8)

La creación de las plantas que contienen su semilla en sí mismas, para reproducirse en la nueva tierra descubierta al juntarse las aguas en ríos, lagos y mares. (Génesis 1:9-13)

La creación del sol, de la luna y de las estrellas, para dividir el día de la noche y para alumbrar sobre la tierra. (Génesis 1:14-19)

La creación de los peces y los animales marinos para poblar los mares; La creación de las aves para poblar la expansión de los cielos (Génesis 1:20-23)

La creación de los animales terrestres; La creación del hombre, creado a imagen de Dios, para señorear sobre toda criatura (Génesis 1:24-31)

La creación del reposo; La creación fue acabada, y Dios descansó de toda su labor (Génesis 2:1-3)

ADÁN Y EVA

La corona de la creación de Dios fue el hombre, al que Dios hizo a su imagen, para que tuviera comunión con Él.

En Génesis 1:1-2:3, nos relata la creación en términos generales. Génesis 2:4-25 nos relata más detalles de la creación del hombre y su relación especial con Dios. Aprendemos que fuimos creados del polvo de la tierra, pero a la imagen de Dios. Al soplar Dios aliento de vida en su nariz, el hombre se convirtió en un ser viviente. El Señor colocó al

hombre en un hermoso lugar llamado el Jardín del Edén y le dio todo el dominio sobre el resto de la creación (Génesis 1:28). Debido a que el hombre fue creado a la imagen de Dios, es poseedor de una voluntad, intelecto y emociones. Entonces, Dios, dio al hombre la oportunidad de ejercitar su voluntad imponiéndole una sola restricción. Dios le dio instrucciones al hombre de no comer del fruto de uno de los árboles llamado el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

Génesis 2:17 (Traducción literal del hebreo.)

Dios hizo pasar delante de Adán todos los animales de su creación, y Adán les dio nombre a cada uno. Como no se encontró compañera idónea para Adán, Dios hizo que un sueño profundo cayera sobre el hombre y creó a Eva de una de sus costillas, para que fuera su ayuda.

Es interesante notar que Dios creó a Eva para que fuera una ayuda para Adán. En el movimiento de liberación femenil del siglo XX, este concepto no es bien recibido. Sin embargo, es exactamente el papel de la mujer diseñado por Dios. Fue Adán quien le llamó “mujer”, porque fue creada del hombre. (En hebreo la palabra mujer es la forma femenina del sustantivo “hombre”.)

LA CAÍDA

Satanás, en forma de serpiente, engañó a Eva haciéndola que tomara del fruto prohibido, y ella le dio a Adán, el cual también comió. Debido a su desobediencia y rebelión, el hombre fue marginado y separado de Dios.

LA PROMESA

Si la historia hubiera terminado aquí, la Biblia hubiera sido un libro muy pequeño. Sin embargo, Dios no abandonó a la humanidad a su pecado. Dios castigó y maldijo a Satanás por lo que éste hizo para separar a la humanidad de su Creador. A través de esta maldición, Dios, dio indirectamente a Adán y a Eva una promesa. En este Sumario, me he tomado la libertad de llamar a este hecho, “**LA PROMESA HECHA A ADÁN**”: Algún día, la simiente de la mujer (quien fue engañada por Satanás) destruiría el poder de Satanás y proveería un camino para que el hombre pudiera regresar a Dios.

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; él te herirá en la cabeza, y tu a él le herirás en el talón.

Génesis 3:15 (Traducción literal del hebreo.)

El resto de la Biblia es el relato histórico de cómo Dios dio cumplimiento a esta promesa proveyendo el camino para restaurar la comunión del hombre con Él. En la Biblia están registrados únicamente los eventos pertinentes con relación al cumplimiento de esta promesa. Si conoce algo de la historia mundial, podrá combinar ese conocimiento con este Sumario, y apreciar aun más la mano de Dios en la historia humana.

CAÍN Y ABEL

Después de que Adán y Eva fueron arrojados del Jardín del Edén en castigo por su pecado, Dios les hizo vestiduras de la piel de un animal. Esta fue la primera sangre derramada sobre la tierra, simbolizando con ello, un sistema que Dios establecería en una fecha posterior bajo la ley del Antiguo Testamento.

Después de esto, Adán y Eva tuvieron dos hijos llamados Caín y Abel. Un día, al traer cada uno su ofrenda a Dios, Dios rechazó la ofrenda de frutos y vegetales de Caín, y aceptó la ofrenda de sangre del animal sacrificado por Abel. Lleno de ira, Caín mató a su hermano Abel. Después de estas cosas, Dios dio a Adán y Eva otro hijo, a quien llamaron Set. La Promesa continuaría a través de él.

LOS HOMBRES SE MULTIPLICARON POR MUCHOS AÑOS

Durante varios siglos los hombres se multiplicaron sobre la tierra, volviéndose cada vez más y más corruptos.

Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

Génesis 6:5

Probablemente, ninguno de ellos fue un hombre como Enoc, quien caminó con Dios. Todos eran hombres malvados. Entonces, Dios decidió destruir a toda la humanidad mediante un gran diluvio. Pero, debido a la promesa que había hecho a Adán y Eva, preservó la simiente de la promesa a través de Noé y su familia.

NOÉ Y EL ARCA

Noé era un hombre que amaba y obedecía a Dios. Por lo tanto, Él le advirtió acerca del diluvio inminente que mandaría y le dijo que construyera un arca, en donde tendría que meter parejas de toda clase de animales, con objeto de preservar las especies.

Noé y sus hijos trabajaron en esta enorme tarea durante 120 años hasta terminar el arca. Sus medidas eran de 150 metros de largo, por 25 metros de ancho, y 15 metros de altura. Entonces, Noé la cargó con los animales y las provisiones y la lluvia comenzó a caer. Llovió continu-

amente durante 40 días y noches. Además, se rompieron las fuentes de las partes más profundas de la tierra. Toda la tierra fue cubierta de



agua y todo ser viviente murió, excepto Noé, su familia, y los animales que había metido en el arca.

El Arca se detuvo 150 días después sobre el Monte Ararat, donde se cree que todavía se encuentra hasta el día de hoy. Pasaron otros tres meses para que el agua retrocediera y para que Noé pudiera salir del arca y sacar

a los animales. Inmediatamente después de dejar el arca, Noé ofreció un sacrificio a Dios.

En ese tiempo Dios prometió que no volvería más a destruir la tierra con otro diluvio, y puso el arco iris en el cielo como pacto entre Él y los hombres. Todos nosotros, somos descendientes de Noé y sus hijos.

LOS HIJOS DE NOÉ: SEM, CAM Y JAFET

Los hombres comenzaron a multiplicarse nuevamente, pero sus corazones volvieron a rebelarse a Dios. Cam tuvo un hijo llamado Cus, y éste tuvo un hijo llamado Nimrod. Éste guió a su pueblo hacia las llanuras de Sinar y ahí estableció la primera falsa religión organizada. Construyeron una torre con el propósito de llegar al cielo. El proyecto disgustó a Dios y puso un alto a ello, confundiendo el lenguaje de los arquitectos para que no pudieran continuar con la construcción. El pueblo fue dividido y esparcido por toda la faz de la tierra.

Los hijos de Cam llegaron a ser los padres de todas las razas de piel oscura del África. Los descendientes de Jafet poblaron el Asia Menor y Europa. La promesa de Dios se extendió a través de los hijos de Sem, y sus descendientes, los hebreos, fueron denominados el pueblo escogido de Dios. Fue a través de este pueblo, que vendría el Mesías prometido.

ABRAHAM (2000 A.C.)

Abraham fue uno de los descendientes de Sem. Dios lo visitó personalmente cuando vivía en Ur de los Caldeos y le ordenó que saliera de ese lugar pecaminoso y fuera al lugar que Él le señalaría. Abraham y su esposa Sara obedecieron las ordenes de Dios y salieron con toda su casa para seguirlo. Dios prometió a Abraham que haría de él una gran nación y que sería una bendición para todo el mundo. El único problema era que Sara era estéril, y Abraham no tenía ni un solo hijo. Con el tiempo, Abraham tuvo un hijo de Agar (Ismael), la sirvienta de Sara... algo que no estaba incluido en el plan de Dios, debido a que Abraham y Sara no pudieron confiar en Dios hasta que Él cumpliera su promesa. Ellos tomaron el asunto en sus manos, intentando ayudar a Dios.

Sin embargo, debido a su promesa, Dios haría ahora una gran nación de una simiente que nunca debió haber existido. Ismael fue el padre de todos los pueblos árabes. Es un hecho que la mayoría de ellos están en oposición abierta al cristianismo. El plan de Dios era el de darle a Abraham un hijo a través de Sara y así lo hizo. Isaac nació, y a través de él, vendría la promesa. Dios dio también a Abraham la tierra que en el futuro, Israel ocuparía como herencia eterna para Abraham y sus descendientes. Dios le dijo que sus descendientes pasarían 400 años en esclavitud algún día.

ISAAC Y REBECA / JACOB Y ESAÚ

Isaac se casó con Rebeca y tuvieron dos hijos: Jacob y Esaú.

Aunque Esaú fue el hijo mayor, Jacob lo engañó para que le vendiera su primogenitura por un plato de lentejas. Además, Jacob robó a Esaú la bendición que le tocaba y este hecho hizo que tuviera que huir de la ira de su hermano. Una noche, Jacob se encontró personalmente con el ángel de Dios y luchó con Él hasta que Dios le tocó en el talón y le dislocó la cadera. Esto causó un cambio drástico en la vida de Jacob, y por haber luchado con Él, Dios le cambió el nombre llamándolo Israel. Jacob tuvo doce hijos, quienes llegaron a ser las doce tribus de Israel.

JOSÉ

José fue uno de los hijos más jóvenes de Jacob y era amado por su padre en forma especial. Sin embargo, sus 10 hermanos mayores estaban celosos de esta posición tan favorable y lo vendieron a unos mercaderes que eran traficantes de esclavos quienes llevaron a Egipto donde lo vendieron como esclavo. Este fue el plan que Dios usó para preparar a los israelitas para permanecer durante 400 años en Egipto. Debido a su integridad y obediencia a Dios, José alcanzó la posición de Primer Ministro en el tiempo que su familia iba finalmente a reunirse con él en Egipto.

Debido a la posición de José, se concedió autorización a Jacob y sus hijos para quedarse en Egipto y así poder sobrevivir, ya que el hambre assolaba entonces a toda la región. Sin embargo, después de la muerte de José subieron al poder nuevos faraones que esclavizaron a los hebreos, obligándolos a servir a los egipcios durante muchos años.

MOISÉS Y EL ÉXODO

A pesar de su esclavitud y maltrato, los hebreos continuaron multiplicándose hasta que llegaron a ser cerca de 2 1/2 a 3 millones de personas. Debido a su servidumbre, clamaron a Dios y Él levantó a un hombre llamado Moisés. Moisés fue un niño hebreo que la hija de Faraón crió y educó como su propio hijo.

Moisés llegó a ser el líder de los israelitas, y después de que Dios envió

diez plagas, Faraón decidió dejar que los hebreos se fueran de Egipto. Moisés los guió hasta el Mar Rojo, donde milagrosamente Dios causó que el mar se dividiera para que su pueblo pudiera pasar por tierra seca. Entonces, cuando los ejércitos de Faraón trataron de perseguirlos, Dios hizo que el mar volviera a juntarse y los egipcios se ahogaron.

En el monte Sinaí, Dios dio a Moisés los diez mandamientos. En Cades-Barnea, el pueblo rehusó entrar en la tierra prometida por falta de fe y por desobediencia, y por esta razón, Dios los destinó a vagar en el desierto por cuarenta años. Tampoco Moisés pudo entrar en la tierra prometida porque había desobedecido a Dios, pero al final de los cuarenta años, Dios le permitió ver la tierra de lejos, desde la cumbre del monte Pisga, antes de que muriera.

EL PACTO MOSAICO

Dios hizo un pacto con su pueblo, estipulando que la posesión de la tierra prometida estaba condicionada a su obediencia a Él. El resto de la historia hebrea, en relación con la tierra prometida, estaba condicionada por este pacto de obediencia. Si le obedecían, Él prometía bendición en la tierra. Si le desobedecían, Dios dijo que sufrirían maldición. El colmo de esta maldición fue el de sacarlos de la tierra y esparcirlos por todo el mundo.

JOSUÉ (1400 A.C.)

Después de la muerte de Moisés, Dios escogió a Josué. Él había ayudado a Moisés a guiar al pueblo para que entrara en la tierra prometida, la que Dios había jurado que daría a Abraham. Las paredes de Jericó se derrumbaron, y los israelitas, bajo el liderazgo de Josué, conquistaron la mayor parte de la tierra prometida.

Por su obediencia al pacto mosaico, Dios les bendijo en la tierra. Sin embargo, al final de la vida de Josué, parte de la tierra estaba todavía en manos de los enemigos. Después de la muerte de Josué, no había ningún líder entrenado para tomar su lugar. El pueblo de Israel fue abandonado a su propia confusión, sin un líder capaz para guiarlo.

EL TIEMPO DE LOS JUECES (1390 - 1050 A.C.)

Debido a que los líderes de las tribus de Israel eran rebeldes, inevitablemente cayeron en pecado. Por lo tanto, se encontraron bajo el castigo de Dios. La Biblia relata este período como uno en que “cada hombre hacía lo que bien le parecía.”

Si los israelitas clamaban a Dios por liberación, Dios levantaba un juez —o líder militar— para librar a Israel de sus opresores. El pueblo no estaba contento con este sistema y demandó un rey, como las otras naciones. Por esta razón Samuel, el profeta, ungió a Saúl como rey de Israel.

EL REINO UNIDO (1050 - 930)

Este período de 120 años incluye los reinados de los primeros tres reyes de Israel: Saúl, David, y Salomón. El reino tuvo un buen comienzo con estos grandes reyes; pero fue seguido por su desintegración completa, por la decadencia moral, física y espiritual. La unidad se convirtió en fragmentación.

SAÚL: EL PRIMER REY DE ISRAEL (1050 A.C.)

Saúl gobernó en Israel durante cuarenta años y tomó el control sobre casi toda la tierra prometida. Cuando Saúl desobedeció a Dios, éste levantó a David, el hijo de Isaí, para que gobernara en su lugar.

DAVID (1010 A.C.)

David fue un pastor humilde a quien Dios escogió para que fuera el rey de Israel. El linaje de David data desde Abraham... y es a través de David, que se renueva su promesa de que algún día la simiente de David reinará en Israel para siempre. David fue, según Dios, "el varón conforme a mi corazón" que verdaderamente amó a Dios y deseó obedecerlo. David conquistó una parte más de la tierra prometida y llevó a Israel a grandes alturas de poderío.

En sus últimos años cometió adulterio con Betsabé y mandó a asesinar a Urías, su marido. Sin embargo, David se arrepintió verdaderamente de su pecado y Dios le perdonó y le permitió que continuara su reinado hasta el fin de su vida. Sin embargo, su pecado tuvo graves consecuencias. Incitó la rebelión dentro de su propia familia, y después repercutió en el reinado de su hijo Salomón, quien asumió el trono después de él.

SALOMÓN (970 A.C.)

Salomón guió a Israel a su época de oro. En ese tiempo, llegaron a conquistar casi toda la tierra prometida. Fue entonces que, por la primera vez en mucho años, tuvieron paz. Salomón construyó el hermoso templo de Dios en Jerusalén -construcción con la que David tanto había soñado. Durante su juventud, Salomón caminó con Dios y el Señor le bendijo con sabiduría y riquezas, más allá de lo que el mundo haya jamás conocido.

Durante muchos años, gobernó sobre Israel piadosamente. Sin embargo, Salomón tuvo 700 esposas y 300 concubinas. Ellas lograron desviar su corazón de tal manera, que después de su muerte el reino se dividió.

EL REINO DIVIDIDO (930 - 586 A.C.)

Después de la muerte de Salomón, su hijo Roboam asumió el trono. Pero su trato al pueblo de Israel fue inclemente, y Jeroboam, hijo de Nebat, dirigió una rebelión en su contra. Diez de las tribus de Israel siguieron a Jeroboam. Solamente dos tribus, la de Judá y la de Benjamín, permanecieron fieles a la dirección de Roboam.

Desafortunadamente, ni Jeroboam, ni Roboam, fueron líderes piadosos, y los dos reinos se precipitaron en el pecado y la idolatría. Con el tiempo, ambos reinos fueron llevados en cautiverio debido a sus pecados.

JEROBOAM

Jeroboam se convirtió en el líder de las diez tribus del norte. Su capital fue la ciudad de Samaria. Durante casi todo el tiempo de su existencia, hubo guerra entre las diez tribus del norte (Israel) y las dos tribus del Sur (Judá). Así permaneció hasta el año 721 a. C., cuando el Rey Asirio, Sargón II, se los llevo en cautiverio. El pueblo de Israel fue gobernado por diecinueve reyes y todos ellos fueron malos. El reino duró solamente 200 años.

ROBOAM

El cumplimiento de la promesa que Dios le dio a Adán, desde el principio, fue reafirmada en Abraham, renovada en David, y debía de ser continuada a través del Reino del Sur (Judá). Roboam, que permaneció como líder de las dos tribus de Judá y Benjamín, conservó la ciudad de Jerusalén, como la capital del Reino de Judá. La mayor parte del tiempo, Judá estaba en guerra con las diez tribus del norte (Israel), y con Egipto, Asiria, y Babilonia.

LOS PROFETAS (850 A.C.)

Fue durante este tiempo que hubo mucha actividad entre los profetas. Un mensaje básico de ellos fue proclamar la necesidad de arrepentirse y volver a Dios. La consecuencia de no responder, sería la maldición del pacto mosaico... ser arrancado de la tierra prometida. Hemos clasificado a los profetas según el lugar de su ministerio: si profetizaron en el reino del norte o el reino del sur, o los dos, etc. También los hemos clasificado por la época de su ministerio: si profetizaron antes, durante o después del cautiverio.

LOS CAUTIVERIOS (721 Y 586 A.C.)

Los diez tribus del norte duraron hasta el año 721 a.C., cuando fueron llevados en cautiverio por el Rey Asirio, Sargón II. Habían tenido 19 reyes y todos hicieron lo malo delante de Dios. El Reino del Norte sólo duró 200 años.

Durante los siguientes 344 años, Judá (o el Reino del Sur) tuvo 19 reyes y 1 reina. Debido a que 10 de estos líderes hicieron lo bueno delante de Dios y quitaron la adoración a los ídolos de la tierra, Dios bendijo a Judá y le concedió un reinado más largo que el del Reino del Norte. Pero, en el año 586 a.C., Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruyó la ciudad de Judá, junto con el templo. Llevó en cautiverio al Reino del Sur, tal y como los profetas de Dios lo habían advertido muchas veces con anterioridad. Los hebreos, sin embargo, conservaron su identidad y su religión mientras estuvieron en el exilio en Babilonia.

LA RESTAURACIÓN (539 A.C.)

El Rey Ciro de Persia, conquistó Babilonia en 539 a.C. y ofreció dar permiso a los judíos para que regresaran a su patria. (Los exiliados que regresaron serían desde ahora llamados judíos debido a la prominencia

de su territorio, Judá. (La palabra “judío”, se originó para describir a los que eran de Judá.) Zorobabel, guió cerca de 50,000 judíos de regreso a Jerusalén, con órdenes de reconstruir el templo.

En el año 458 a.C., otro judío, llamado Esdras, trajo un pequeño grupo de regreso a Jerusalén de más o menos 6000 judíos, con el propósito de restaurar la vida religiosa de la comunidad. Después de esto, en 444 a.C., Nehemías, regresó a Jerusalén a construir las murallas de la ciudad en 52 días. La ciudad quedó ahora terminada y los judíos fueron restaurados a la comunión con Dios, pero la tierra ya no les pertenecía.

MALAQÚÍAS (400 A.C.)

Malaquías fue el último profeta del Antiguo Testamento. Predijo la venida de un mensajero -como Elías- que Dios habría de mandar para preparar el camino del Señor.

400 AÑOS DE SILENCIO

Después de la profecía de Malaquías y durante un período de 400 años, ninguna palabra de Dios fue escuchada. Durante este tiempo, el mundo fue gobernado por los imperios griego y romano, quienes sucesivamente dominaron el Medio Oriente. Sin embargo, a pesar de esa situación, y durante todo este tiempo, los judíos conservaron su identidad nacional y su culto de adoración en forma admirable. Estos siglos de silencio cierran la época del Antiguo Testamento.

EL NUEVO TESTAMENTO

En el tiempo señalado, cuando Dios quería realizar su plan de redención, el silencio de 400 años fue interrumpido. El Antiguo Testamento nos reveló al hombre, creado a imagen de Dios y vencido por Satanás en el huerto de Edén... incapaz de acercarse a Dios por causa de su pecado. Sin embargo, Dios en su sabiduría infinita, ya había establecido su plan de restaurar al hombre a un compañerismo íntimo-personal con Él, a través de la simiente de la mujer.

El Nuevo Testamento revela, por la encarnación de Jesucristo, que Dios ha derrotado a Satanás, quien había engañado y conquistado a la raza humana. A través de Cristo, el hombre puede volver a disfrutar de una relación personal con su Padre espiritual. La simiente de la mujer (Génesis 3:15) ha aplastado la cabeza de la Serpiente.

Los Evangelios de Mateo y de Lucas han trazado el linaje de Cristo hasta David y Abraham, cumpliendo con los requisitos de las profecías acerca del Mesías.

El Nuevo Testamento contiene 27 libros que se puede dividir en cuatro partes:



- Evangelios—4 libros
- Epístolas—21 libros
- Historia—I libro
- Profecía—I libro

UNA MIRADA AL NUEVO TESTAMENTO (27 LIBROS)

① EVANGELIOS

Mateo
Marcos
Lucas
Juan

② HISTORIA

Hechos

④ PROFECÍA

Apocalipsis



③ EPÍSTOLAS

PAULINAS

Romanos
1 Corintios
2 Corintios
Gálatas
Efesios
Filipenses
Colosenses
1 Tesalonicenses
2 Tesalonicenses
1 Timoteo
2 Timoteo
Tito
Philemon

GENERALES

Hebreos
Santiago
1 Pedro
2 Pedro
1 Juan
2 Juan
3 Juan
Judas

EL PRECURSOR DE JESÚS: JUAN EL BAUTISTA

Este fue el Elías profetizado por Malaquías cerca de 400 años antes. Los 400 años de silencio fueron interrumpidos cuando Dios mandó al ángel Gabriel a Zacarías. Él era sacerdote y estaba en ese momento ofreciendo un sacrificio delante del altar de incienso en el lugar santo del templo. El ángel le dijo que Elizabet, su esposa, tendría un hijo en su vejez, y que se llamaría Juan. La misión de Juan fue la de preparar al pueblo para la venida de su Mesías. Juan llamó al pueblo a arrepentirse y a que fueran bautizados para la remisión de pecados, y a esperar la llegada del Mesías.

LA VIDA Y EL MINISTERIO DE JESUCRISTO

Jesús, era el Hijo de Dios –Dios mismo Encarnado– nacido de la virgen María. Jesús vino al mundo a morir por nuestros pecados. Fue bautizado por Juan el Bautista y a la edad de 30 años empezó su min-

isterio público que duró tres años, hasta su muerte. Grandes multitudes siguieron a Cristo al ser llamados a arrepentirse y a volverse a Dios. Jesús les enseñó en forma simple, las profundas verdades de Dios. En este tiempo, llamó a 12 hombres para que fueran sus apóstoles y los entrenó para que andaran por el mundo proclamando su mensaje. Al final de los tres años de su ministerio, alcanzó tanta popularidad en medio de los judíos, que el pueblo quería proclamarlo Rey el día que Él entró en Jerusalén montado en un pollino.

Los líderes judíos se pusieron en su contra debido a su popularidad y debido a que les demostró su hipocresía y religiosidad, con sus simples, pero profundas verdades. Fue arrestado, juzgado y crucificado en menos de 24 horas. Cuando colgaba de la cruz, Dios puso sobre Él el pecado de todo el mundo. Él, que era sin pecado, fue hecho pecado, para librar al hombre de aquella condenación de antaño que le había sido impuesta en el jardín del Edén. Como era el Hijo de Dios, Dios le levantó de entre los muertos al tercer día... conquistando para siempre, el poder de la muerte y del infierno para todos aquellos que acepten el sacrificio de Cristo por los pecados. (La cabeza de la serpiente había sido herida para siempre por la simiente de la mujer.) Después de su resurrección, Jesús pasó cuarenta días preparando a sus discípulos para la obra de llevar las **BUENAS NUEVAS** de salvación a todo el mundo. Cuando físicamente ascendió al cielo, aparecieron dos ángeles, prometiendo que algún día, Cristo regresaría a la tierra. Mientras esperamos su regreso, se nos ha ordenado que llevemos el Evangelio hasta lo último de la tierra.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Este es un libro histórico que relata el nacimiento de la iglesia cristiana mediante la venida del Espíritu Santo. Jesús prometió que el Espíritu iba a habitar dentro de todos los creyentes, después de que Él regresara al cielo. En los primeros días de la Iglesia, Dios mandó con toda claridad que el evangelio debía ser predicado a todos los pueblos (judíos y gentiles), sin que las restricciones del judaísmo fueran impuestas a los nuevos creyentes. Con la conversión del apóstol Pablo, Dios comenzó a extender la Iglesia por toda Asia Menor y Europa.

LAS EPÍSTOLAS

Estas son las cartas escritas a las jóvenes congregaciones de cristianos que estaban siendo establecidas a través de los alcances misioneros de la tierna iglesia. Trece, de las veintiuna cartas, fueron escritas por san Pablo. Las otras fueron escritas por san Juan, san Pedro, el apóstol Santiago, y san Judas. Las epístolas establecieron las doctrinas de la iglesia cristiana y las reglas de conducta cristiana para todos los creyentes. A través de las epístolas, las doctrinas cristianas fueron distinguidas de las perversiones heréticas que comenzaron a brotar rápidamente después de la muerte de Cristo.

EL APOCALIPSIS

Este libro es una larga carta del apóstol Juan. Es, sin embargo, algo más que una epístola ordinaria, ya que es de naturaleza profética. El libro nos permite dar un vistazo al fin de los tiempos, que incluye el repentino regreso de Jesucristo. Es importante notar, que los eruditos y teólogos de la Biblia tienen grandes diferencias concernientes a estos eventos escatológicos (eventos de los últimos días) que se perfilan en este libro.

Todas las interpretaciones dedicadas a establecer la integridad de las Escrituras, están de acuerdo en que el libro del Apocalipsis incluye lo siguiente:

- Un cuadro de siete iglesias representativas
- Un tiempo de tribulación
- La segunda venida de Cristo en forma personal y visible
- El milenio (existen diferentes opiniones sobre cuándo ocurrirá)
- El juicio del gran trono blanco
- Cielo nuevo y tierra nueva (el estado eterno de las cosas)

APUNTES

¿QUÉ DICEN OTROS PASAJES DE LAS ESCRITURAS?

Busca tres citas más para los versículos más importantes del capítulo 5. Busca también una verdad paralela, un ejemplo, o tal vez el contraste de la verdad establecida. Si deseas puedes buscar varias referencias para el mismo versículo.

Versículo	Referencia	Pensamiento Clave
3	2 Juan 6	
13	Juan 5:24	

APLICACIÓN PERSONAL

Versículo

Aplicación

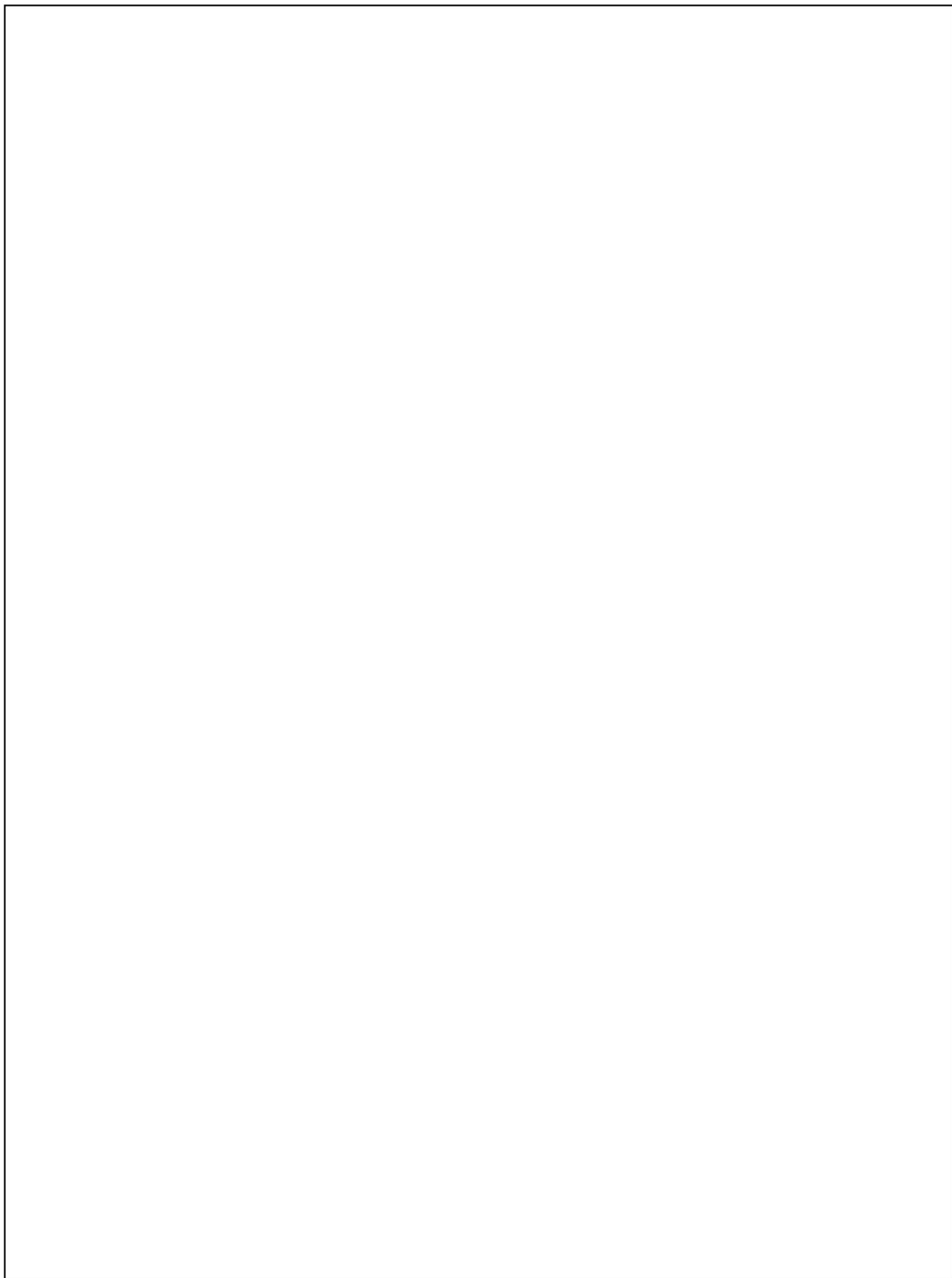
_____	_____
_____	_____
_____	_____

De los versículos anteriores decide en oración cuál aplicación puedes usar en tu vida actual. Describe brevemente esa necesidad y medita y ora para que sepas como puedes poner en práctica este desafío. Usa los pronombres personales “yo”, “mi”, “mío”, etc..

UNA SUGERENCIA

Es conveniente que leas las aplicaciones que consideraste que debes llevar a cabo en los capítulos anteriores y verifiques si has hecho algún progreso al aplicarlas a tu vida. Ora para que definitivamente las puedas poner en práctica.

**La comunión con Cristo es para el cristiano, como el aire para el buceador.
No importa cuál sea su sinceridad o su experiencia, sin este requisito esencial
no puede desenvolverse en el medio en que se encuentra.**





Capítulo 9

HACER MORIR EL PECADO

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría. Colosenses 3:5

El Nuevo Testamento no deja dudas de que la santidad es responsabilidad nuestra. Si hemos de buscar la santidad, tenemos que tomar decisiones concretas. En cierta ocasión analicé con una persona la cuestión de un pecado particular, y dicha persona me dijo: “Vengo orando para que Dios me motive para abandonarlo”. ¿Motivarlo para abandonar? Lo que esa persona estaba diciendo en realidad era que Dios no había hecho lo suficiente. Resulta tan fácil pedirle a Dios que haga algo más, porque al hacerlo postergamos la necesidad de enfrentar nuestra responsabilidad.

La acción que debemos cumplir es la de hacer morir las obras malas de la carne (Romanos 8:13). Pablo se vale de la misma expresión en otro libro “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5). ¿Qué significa la expresión hacer morir? Algunas versiones tienen mortificar. Según el diccionario, mortificar significa “destruir la fuerza, la vitalidad, o el funcionamiento de; dominar o amortiguar”.¹ Hacer morir los actos malos del cuerpo, por lo tanto, es destruir la fortaleza y la vitalidad del pecado que trata de reinar en nuestro cuerpo.

Tenemos que tener claro que la mortificación, a pesar de ser algo que hacemos nosotros, no puede llevarse a cabo con las propias fuerzas solamente. Bien lo dijo el puritano John Owen: “La mortificación a partir de las propias fuerzas,

llevada a cabo mediante métodos de invención propia, para lograr la autojustificación es el alma y la sustancia de toda religión falsa”.² La mortificación debe efectuarse con las fuerzas y bajo la dirección del Espíritu Santo.

Owen dice además: “Sólo el Espíritu es suficiente para esta obra. Todos los métodos y medios sin el Espíritu resultan inútiles. El Espíritu es el gran eficiente. Es Él quien les da vida y fortaleza a nuestros esfuerzos”.³

Pero aun cuando la mortificación tiene que hacerse por medio de la fortaleza y bajo la dirección del Espíritu Santo, no deja de ser, sin embargo, una obra que debemos realizar nosotros mismos. Sin la fortaleza que proporciona el Espíritu Santo no habrá mortificación, pero si nosotros no intervenimos valiéndonos de su fortaleza, tampoco la habrá.

La pregunta crucial es ésta: “¿Cómo podemos destruir la fuerza y la vitalidad del pecado?” Si hemos de ocuparnos de esta difícil tarea, antes tenemos que tener convicción. Tenemos que estar convencidos de que el hecho de que Dios quiera que todos los creyentes vivamos una vida santa es algo importante. Tenemos que creer que por la búsqueda de la santidad vale la pena hacer el esfuerzo que requiere mortificar las obras de la carne. Debemos estar convencidos de que “sin la (santidad) nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

No solamente tenemos que estar convencidos en cuanto a la necesidad de vivir una vida santa en general, sino que tenemos que convencernos de la misma necesidad con respecto a aspectos particulares, en los que debemos aprender a obedecer.

Dichas convicciones nos vienen en la medida en que entramos en contacto con la palabra de Dios. Nuestra mente se ha acostumbrado excesivamente a los valores del mundo. Incluso después de hacernos creyentes, el mundo que nos rodea procura constantemente hacer que nos amoldemos a su sistema de valores. Se nos bombardea desde todas partes con tentaciones para hacernos ceder ante la naturaleza pecaminosa. Es por eso que Pablo dijo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2).

Sólo podemos remodelar la mente y renovar los valores propios mediante la palabra de Dios. Al dar instrucciones con relación a los futuros reyes de Israel, Dios dijo que “tendrá consigo (un ejemplar de la ley divina), y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos” (Deuteronomio 17:19). El rey debía leer la ley de Dios todos los días de su vida a fin de que aprendiese a temer al Señor. De este modo podía aprender la necesidad de practicar la santidad, y cómo conocer la voluntad de Dios en diversas situaciones específicas.

Jesús dijo: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama” (Juan 14:21). La obediencia es la senda que lleva a la santidad, pero es sólo en la medida en que tenemos sus mandamientos que podemos obedecerlos. La Palabra de Dios tiene que afincarse tan firmemente en nuestra mente que se convierta en la influencia dominante de nuestros pensamientos, actitudes, y acciones. Una de las formas más efectivas de influir la mente es mediante la memorización de las Escrituras. David dijo: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11).

Para aprender de memoria en forma efectiva las Escrituras, es preciso tener un plan. El plan debe incluir una selección de versículos bien elegidos, un sistema práctico para aprender dichos versículos, un medio sistemático para repasarlos, a fin de mantenerlos frescos en la memoria, y reglas sencillas para proseguir la práctica de aprender de memoria partes de las Escrituras,

por cuenta propia.

Sé por experiencia propia lo importante que es un plan de este tipo. Comprendí intuitivamente la importancia de la palabra de Dios para mi vida siendo creyente joven en la universidad, pero no sabía que hacer. Me aprendí de memoria algunos versículos de un modo esporádico y fortuito, pero no me resultaron muy provechosos. Luego, cierto día me hablaron del Sistema Tópico de Memorización de Los Navegantes, y comencé un plan de estudio y memorización regular de las Escrituras. Veintiocho años más tarde, sigo beneficiándome con este plan simple, pero a la vez efectivo, para almacenar la palabra de Dios en mi corazón.⁴

Naturalmente que la meta del aprendizaje de memoria es la aplicación de las Escrituras a nuestra vida diaria. Mediante la aplicación de las Escrituras a las situaciones vitales concretas, creamos en nosotros el tipo de convicción que nos ayuda a triunfar ante las tentaciones que tan fácilmente nos hacen caer.

Hace varios años mi mujer y yo vivíamos en Kansas City, Missouri, E.U.A., y yo trabajaba en Kansas City, Kansas, del otro lado del río. Estando empleado en Kansas, tenía que pagar los impuestos correspondientes sobre mis ingresos al estado de Kansas pero como residente de Missouri no tenía que pagar el impuesto hasta el fin del año. Nos trasladamos al estado de Colorado en julio de cierto año, y al final de año me di cuenta de que debía a Kansas siete meses de impuestos. Lo primero que pensé fue olvidar el asunto; después de todo, el monto era relativamente pequeño y con seguridad que no se molestarían en buscarme a esa distancia con el fin de cobrarme lo adeudado. Pero luego el Espíritu Santo me trajo a la memoria un versículo que había aprendido anteriormente: “Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto” (Romanos 13:7). Dios convenció a mi corazón que debía pagar al estado de Kansas los impuestos que le debía como acto de obediencia a Dios. Él me convenció en esa oportunidad con relación al pago de los impuestos, y ese hecho ha influido en mis acciones y me ha gobernado desde aquel entonces.

Así es como aprendemos a estar convencidos -haciendo que la palabra de Dios se haga oír con relación a situaciones concretas que surgen en nuestra vida, y resolviendo cuál es la voluntad de Dios en esas circunstancias basados en la palabra.

En la Biblia se mencionan claramente muchas circunstancias y asuntos relativos a la vida práctica, y haríamos bien en aprendernos de memoria los versículos que se refieren a dichas situaciones y asuntos. Por ejemplo, la voluntad de Dios respecto a la honestidad se especifica claramente: “Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo... El que hurtaba, no hurte más” (Efesios 4:24,28). La voluntad de Dios con referencia a abstenerse de la inmoralidad sexual, también se aclara perfectamente: “La voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación” (1 Tesalonicenses 4:3). Estas son cuestiones ya resueltas en las que no deberíamos tener dificultad alguna en llegar a una convicción en cuanto a la voluntad de Dios, si queremos obedecer su palabra.

Mas ¿qué hacer con cuestiones que no se mencionan específicamente en las Escrituras? ¿Cómo resolvemos cuál es la voluntad de Dios y adquirimos convencimiento en estos casos?

Años atrás un amigo me dio lo que el llamaba su “fórmula sobre cómo distinguir entre el bien y el mal”. La fórmula hace cuatro preguntas basadas en tres versículos en 1 Corintios:

“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen” (1 Corintios 6:12).

Pregunta 1: ¿Es útil – físicamente, espiritualmente, y mentalmente?

“Todas las cosas me son lícitas...mas yo no me dejare dominar de ninguna” (1 Corintios 6:12).

Pregunta 2: ¿Me somete a su poder?

Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (1 Corintios 8:13).

Pregunta 3: ¿Hierde a otros?

Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Pregunta 4: ¿Glorifica a Dios?

Aunque esta fórmula parece simple, es poderosa para ayudarnos a adquirir convencimiento -si estamos dispuestos a usarla. Las preguntas enumeradas pueden resultar bastante penetrantes. Pero tenemos que hacérmolas si queremos buscar la santidad como estilo de vida.

Apliquemos estos principios a algunas situaciones típicas. Tomemos los programas de televisión que miramos, por ejemplo. ¿Son útiles físicamente, espiritualmente, o mentalmente? Para algunos programas la respuesta puede ser un sí, pero para los que tenemos que responder honestamente con un no, tendríamos que considerar la conveniencia de no mirarlos.

¿Y qué diremos en cuanto a la pregunta de que si “nos somete a su poder”? Inmediatamente podemos aplicar esta pregunta a hábitos tales como la bebida, las drogas, o el cigarrillo, y llegar a la conclusión de que los tales no son para nosotros. Pero pensemos nuevamente en el aparato de televisión. ¿Nos han “atrapado” ciertos programas a tal punto que sencillamente no podemos dejar de verlos? De ser así es porque nos tienen sometidos a su poder. Otro ejemplo: Conozco a una mujer creyente que en la adolescencia era campeona de tenis juvenil a nivel nacional. Estaba tan atrapada por el tenis que constituía el todo de su vida, a pesar de que era creyente. Cuando comenzó a considerar seriamente lo que le exigía el discipulado cristiano, se dio cuenta de que el tenis la dominaba de tal modo, que le estaba impidiendo seguir por entero a Cristo. En ese momento tomó la decisión de colgar su raqueta de tenis con el fin de quebrar ese poder. Después de un buen número de años, cuando la atracción había desaparecido totalmente, comenzó a practicar el tenis nuevamente, pero sólo por su valor recreativo, y con libertad de conciencia.

Esta ilustración de la jugadora de tenis pone de relieve un hecho importante. Puede no ser la actividad misma lo que determina si algo es pecaminoso o no para nosotros, sino más bien nuestra manera de responder a ella. Por cierto que el tenis es moralmente neutro y, bajo condiciones adecuadas, es físicamente beneficioso. Pero ya que esta mujer lo había convertido en un ídolo en su vida, para ella era pecaminoso.

Analicemos la pregunta que sigue a la anterior: “¿Hiere o afecta a otros?” basados en la misma historia de la jugadora de tenis. Supongamos que otro creyente, a quien le gustaba jugar al tenis por su valor recreativo, hubiese insistido en asegurarle a la mujer de la historia que el tenis no tiene nada de malo. Técnicamente esa persona tendría toda la razón, pero estaría insistiendo en un punto de vista que probablemente resultaría perjudicial para la vida espiritual de esa joven mujer. Muchas actividades, hablando estrictamente, son moralmente neutras, pero como consecuencia de alguna asociación inmoral en la vida pasada de la persona, podría resultar en detrimento de ella, por lo menos temporalmente. Para los que no tenemos esa asociación inmoral particular, debemos tenerle consideración a la persona afectada, no sea que la arrastremos hacia una actividad que para ella es pecaminosa.

¿Pero que pasa con esos aspectos en los que los creyentes difieren en cuanto a lo que consideran que puede ser la voluntad de Dios? Pablo se refiere a este asunto en Romanos 14, donde analiza el problema relacionado con ciertos alimentos. Establece allí tres principios generales para que nos sirvan de guía. El primero es que no debemos juzgar a quienes tienen convicciones diferentes de las nuestras (versículos 1-4). El segundo principio es que cualesquiera que sean nuestras convicciones, tienen que ser “para el Señor”, es decir, formuladas con el deseo de serle obedientes a Él (versículos 5-8). El tercer principio es que cualesquiera que sean las convicciones a que arribemos “para el Señor”, tenemos que mantenernos fieles a ellas (versículo 23). Si obramos en contra de nuestras convicciones, pecamos, aun cuando otros pudieran sentirse perfectamente libres en ese punto particular.

Durante varios años estuve luchando con la cuestión de cómo debíamos mi familia y yo observar el domingo, como día del Señor. Al comienzo de mi vida cristiana se me había enseñado que el domingo era un día sagrado y que las actividades a desplegar en el curso del mismo debían desarrollarse de conformidad con ese hecho. No tardé en darme cuenta, sin embargo, que existen discrepancias genuinas entre creyentes sinceros en cuanto a cómo se debe observar el domingo. Aplicando los principios de Romanos 14 a este asunto, por lo tanto, en primer lugar no debo juzgar a los que observan el día domingo en forma diferente a lo que hago yo. Segundo, cualesquiera que sean mis propias convicciones, deben proceder de un sincero deseo de obedecer lo que Dios quiere para mí. Y luego, una vez que he formulado mis propias convicciones, tengo que tener cuidado de no violarlas, cualquiera que sea el comportamiento de otros creyentes.

La pregunta que debemos formularnos si hemos encarado con seriedad la cuestión de la búsqueda de la santidad, es esta: “¿Estoy dispuesto a elaborar convicciones basadas en las Escrituras, y a vivir a la luz de ellas?” En esto radica con frecuencia el problema. Titubeamos cuando se trata de obrar de conformidad con el nivel de santidad de Dios en algún aspecto específico de la vida. Sabemos que el hacerlo, nos exigirá obediencia, una obediencia que no estamos dispuestos a considerar.

Esto nos lleva a la segunda cualidad que debemos desarrollar, si hemos de hacer morir las obras de maldad de la carne. Esa cualidad se denomina compromiso. Jesús dijo: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:33). Debemos encarar con honestidad la pregunta siguiente: “¿Estoy dispuesto a abandonar ciertas prácticas o hábitos que me privan de la santidad?” Es al llegar a este punto del compromiso que muchos fallamos. Preferimos tratar de divertirnos con el pecado, de jugar con él un poquito, sin llegar a mezclarnos mucho.

Padecemos del síndrome del “sólo una vez más”. Queremos echar una sola mirada lujuriosa más,

comer un delicioso postre más antes de iniciar la dieta, ver un solo programa más de televisión antes de sentarnos a realizar el estudio bíblico. En todo esto no hacemos sino postergar el día en que hemos de iniciar el compromiso, el día que digamos “¡Basta!” al pecado.

Recuerdo cuando Dios me habló acerca de mi gula. No estaba excedido en mi peso; pero me resultaba imposible resistirme a probar cualquier postre que se me presentara. ¡Siempre era yo el que volvía a pedir más cosas dulces en las actividades sociales de la iglesia! Luego, cierta mañana, en plena festividad navideña, cuando abundaban los confites y los dulces, Dios me habló al corazón con relación a este problema. Mi reacción inicial fue “Señor, espera hasta después de la Navidad y me ocuparé del asunto”. No estaba dispuesto a iniciar el compromiso ese mismo día.

Salomón nos dice que los ojos del hombre nunca están satisfechos (Proverbios 27:20). Una sola mirada lujuriosa más o una sola porción más de dulce jamás satisfacen. En realidad ocurre todo lo contrario. Cada vez que le decimos “sí” a la tentación, hacemos que nos resulte más difícil “no” la próxima vez.

Tenemos que reconocer que hemos desarrollado esquemas de vida pecaminosos. Hemos desarrollado el hábito de ocultar parcialmente la verdad, cuando nos conviene. Hemos desarrollado el hábito de ceder a esa inercia que se niega a dejarnos comenzar la mañana a buena hora. Son hábitos que tienen que ser interrumpidos, pero no ocurrirá así mientras no nos comprometamos a vivir una vida de santidad sin excepciones.

El apóstol Juan dijo: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis” (I Juan 2:1). El propósito de la carta de Juan, nos dice, es que NO pequemos. Un día cuando estaba estudiando este capítulo, me di cuenta de que el objetivo de mi vida personal con relación a la santidad era inferior al de Juan. El apóstol estaba diciendo, en efecto, que debemos hacernos el propósito de NO pecar. Al meditar en esto, me di cuenta que en lo profundo de mi ser mi intención era, en realidad, no pecar “mucho”. Me resultaba difícil

decir: “Si, Señor, de aquí en adelante me haré el propósito de no pecar”. Comprendí que Dios me estaba llamando ese día a un nivel más profundo de compromiso con la santidad que el que había estado dispuesto a hacer hasta entonces.

¿Podemos imaginar a un soldado que se encamina hacia el campo de batalla con el propósito de evitar que sea muy herido? La sola idea resulta ridícula. Lo que se propone es salir completamente ileso. Mas si no hemos hecho el compromiso de entregarnos a la santidad sin excepción, somos como el soldado que se encamina a la lucha con la mira de no ser muy herido. Podemos estar seguros de que si esa es nuestra mira, seremos heridos... no con balas, sino con tentaciones una y otra vez.

Jonathan Edwards, que fue uno de los grandes predicadores del pasado en los Estados Unidos, solía adoptar resoluciones. Una de ellas fue esta: “Resuelvo no hacer nunca nada que tuviese miedo de hacer si se tratara de la última hora de mi vida”.⁵ ¿Nos atreveríamos los creyentes del siglo 20, a hacer semejante resolución? ¿Estamos dispuestos a dedicarnos a la práctica de la santidad sin excepciones? No tiene sentido orar para obtener la victoria frente a la tentación, si no estamos dispuestos a adoptar el compromiso de decirle “no”.

Sólo aprendiendo a rechazar la tentación podremos hacer morir las obras de la carne en nuestra vida. Aprender a hacer esto resulta generalmente un proceso lento y penoso, erizado de fracasos. Los antiguos deseos y los hábitos pecaminosos no son fáciles de erradicar. Para quebrantarlos hace falta paciencia y perseverancia, encontrando con frecuencia poco éxito. Pero esta es la senda que hemos de transitar, por penoso que pudiera resultar.

NOTAS

¹Con permiso, de Webster’s New Collegiate Dictionary, 1977, por G.&C. Merriam Co., publicadores de los Meriam Webster Dictionaries, página 750.

²John Owen, *Temptation and Sin*, página 7.

³Owen, *Temptation and Sin*, página 26. (paráfrasis del autor)

⁴El Sistema Tópico de Memorización se puede conseguir de tu librería cristiana, o directamente de Perfeccionando a Los Santos.

⁵Jonathan Edwards, *Representative Selections, with Introduction, Bibliography, and notes*, Clarence H. Faust and Thomas H. Johnson, editors (edición revisada, New York: Hill and Wang, 1962), página 38.